

Milciades Arévalo

LA CATÁSTROFE

A Eyra, tan lejana y tan presente.

Para no perderme de ninguna maravilla de todas cuantas veía a mi paso, continué dando vueltas en redondo, ya perdido en calles oblongas, trapezoidales o en forma de poliedros; ya repletas de trovadores, golfas y enamorados cantando, ya haciendo trueques de diversa índole con versos, pipas de marfil, sándalo, postales, ungüentos, músicas, laúdes, cascos de guerra, olifonos, revistas de literatura y también de porno con el púrpura encendido del sexo encontraste con los grises y los amarillos del sol de otoño, la torre de oro, las barbas de van Gog; ya perdido en laberintos construidos para detener el paso de las ordalías piráticas de los inquisidores, negreros, misioneros y tratantes de blancas; ya feliz, indocumentado y loco...

Todo lo que encontraba a mi paso me parecía cada vez más viejo. La historia se repetía en todas partes, las ciudades no eran nada diferentes unas de otras, los libros podían ser consumidos por el fuego o las polilla. La belleza de la flor, el perfume del bosque, el hombre y sus vanos sueños, todo moría.

Al llegar al alcázar, cuyo escudo era un campo de trigo, un león rampante y bordadura de gules con aspas en llamas, el señor Abedamera, dueño y señor de tan singular edificación, me encargó de los quehaceres de su biblioteca, construida en lo alto de una torre circular de amplios ventanales a la que se llegaba por una escalera de piedra en espiral que emergía del sótano.

Después de ordenar los libros en los anaqueles, concluí que la mayoría trataban de viajes, contiendas y amores. Aunque mi alma crepitada como la fragua en la sed del encantamiento, para decepción mía, en el alcázar nadie leía. A la señora Benazir únicamente le importaba comer, comer y comer. Era tanta su gordura que a donde quiera que iba tenían que llevarla dos eunucos

en un palanquín. A Saucina, su hija, una moza más llena de bríos que una potranca, le gustaba era perder el tiempo esperando al capitán de una fragata y Bella Donna, una moza de trenzas doradas y ojos de melancolía sólo sabía tocar la flauta.

El último día de carnaval, presumiendo que el señor Abedamera y toda su familia habían salido a ver el desfile de carrozas, me encerré en la biblioteca y me puse a hojear un manuscrito de holganzas y desvaríos. Después de leer varias páginas en medio del más absoluto silencio, oí pasos en la escalera. Súbitamente se abrió la puerta de par en par y entró Saucina, envuelta en una delgada saya transparente que la hacía ver más desnuda de lo que estaba.

--¡Dios mío, muchacha! --grité confundido.

--No pensé que estuvieras aquí --dijo y se cubrió la cara con la saya. A Saucina le gustaba pasearse desnuda por donde le viniera en gana, cosa que al señor Abedamera no le importaba porque era ciego, pero la señora Benazir nunca la dejaba subir sola a la biblioteca porque tenía miedo que a su hija le nacieran alas.

--Los libros me tienen preso --le respondí.

Saucina dio vueltas alrededor del atril, pasó la mirada por encima del manuscrito que yo en las manos, nada le llamó la atención, ni siquiera el pez rojo del acuario, ni el huevo filosofal, nada.

--¿Para qué lees tanto? --me preguntó.

--Para saber lo que no sé.

--A mi ni siquiera me importa saber en qué mundo vivo --dijo tratando de fastidiarme. A Saucina qué podían importarles los libros si vivía enamorada sin saber de qué. La señora Benazir, pese a su ignorancia, era la única que vivía apegada a las costumbres en este mundo. Yo también trataba de hacer lo mismo con la diferencia de que cada vez que abría un libro salía volando un pez, un dragón o una muchacha desnuda... Deseé que desapareciera de mi vista lo antes posible o de lo contrario yo quedaría más ciego que el señor Abedamera, pero ella no tenía la culpa. Para disimular mi turbación le pregunté por Bella Donna.

--Está en el sótano --dijo displicente.

La torre había sido construida en forma circular de tal modo que un simple suspiro en el sótano pudiera oírse en la biblioteca. Era oscuro y tan lleno de elementos de tortura que daba miedo. En otros tiempos lo habían utilizado para encerrar a las mujeres adúlteras, a los bujarrones y a los infieles.

--Si estuviera tocando la flauta, la estaríamos oyendo... ¿La dejaste encerrada? --le pregunté alarmado.

--¡No soy tan cruel! Que a Bella Donna le guste montar en el potro de los tormentos en vez de tocar la flauta es cosa suya.

Por la ventana se alcanzaba a divisar el mar bajo la luz meridiana y su oleaje de gaviotas rasgando el horizonte, el faro a la entrada de la bahía, las faenas de la marinería en el malecón y a los vendedores de especierías que pululaban por el puerto los días de carnaval.

La sirena de un barco se oyó en la distancia. Saucina se subió a la ventana, se quitó la saya y comenzó a agitarla. De pronto comenzó a gritar:

--¡Un barco! ¡Un barco!

Las gaviotas habían inundado el cielo de plumas y no se alcanzaba a divisar ni siquiera el faro a la entrada de la bahía.

--¡Oh, Dios! Todo está muy oscuro, no veo nada --le dije.

--Te estás quedando ciego...

Al señor Abedamera le había ocurrido que de tanto leer se había quedado ciego, viviendo en un espacio intemporal donde las cosas sólo tenían forma que su imaginación les daba y no como eran realmente. Mi corazón tembló como un pez en el fondo de un reloj de arena.

--Mi obligación primera es creer en todo lo que veo, según las reglas. Y según las reglas no veo ningún barco --le dije.

--Si quieres saber realmente a qué subí a la biblioteca te diré que no fue para platicar contigo, sino encontrarme con mi novio.

--Los enamorados dicen una cantidad de barbaridades que terminan por perder el seso --le dije decepcionado. Saucina podía pensar todo lo que quisiera de mí, para eso era bella, para gastarse la vida soñando con el capitán de un bergantín, no entre los libros que terminarían por confundirle el cerebro.

Arrancó una cayena que se asomaba por entre los barrotes de la ventana Me sentí incómodo. Le pedí que me dejara solo, que se fuera por donde había venido, pero ella arrancó una cayena que se asomaba por entre los barrotes de la ventana y comenzó a comerse los pétalos, y fue como si un relámpago la iluminara en todo su esplendor.... Viéndola a la luz de mi soledad, era puro pecado, adorable pecado, inolvidable pecado.

--Seguramente era un barco de náufragos --la consolé.

--A todos los hombres les pasa lo mismo, ni siquiera ven la belleza cuando la tienen delante de sus ojos.

--¡Ay, Saucina! Tu inocencia me enceguece.

Un viento helado estremeció la biblioteca dispersando las hojas del manuscrito por doquier y Saucina, presa del pánico, saltó a mis brazos y se puso a llorar. No eran imaginaciones mías porque después cayó una gota sobre mi cara y otra sobre su pecho. Y de pronto comenzó a llover torrencialmente con el tamaño de un miedo y muchas furias y el cielo no fue ya lo que era sino un abismo de oscuridad azotado insistentemente por los relámpagos. Después tantos meneos y consideraciones acerca de la felicidad y de lo bello que podía ser el mundo, Saucina se dio cuenta que yo también estaba desnudo.

Cuando Bella Donna volvió a tocar la flauta dulce, Saucina bajó las escaleras dando salticos de dos en dos y yo me quedé pensando si realmente el señor Abedamera era ciego o el ciego era yo... pero he aquí que las gaviotas buscando guarecerse de la tormenta entraron por la ventana, el agua inundó la biblioteca y de todo lo que había allí, apenas quedó una masa informe de papel. En vez de malhayarme de mis desgracias y de mí mismo, tiré al mar los malos recuerdos y abandoné el alcázar.

Muchos años después, el capitán de un bergantín que venía para el puerto a visitar a su novia, vio en el mar miles de hojas que más parecían gaviotas volando en el agua que peces flotando en el aire, fenómeno que atribuyó, no al amor sino a un error en las cartas de navegación, y cambiando de rumbo se fue para otro puerto.

(Tomado del libro inédito *La torre del amor*.)

Milcíades Arévalo

LUZ DE OTOÑO

“¡Le bonheur! Sa dent douce a la mort...”

Rimbaud.

París, la ciudad tanto tiempo soñada... ¡Oh, la, la! Rostros anónimos, bulevares olorosos a légamo podrido, las bastillas de Sade, el Anticuario Universal, la historia de la literatura francesa por 5 francos, el agua empozada en los andenes, la inocencia del trigo verde en las escalinatas del Liceo Condercet, modelos africanas en las portadas de *Vogue*, vagabundos del alba, viajeros de todos los caminos...

Mi viaje a París significaba un cambio en mi vida. No conocía la ciudad y ya soñaba con una especie de paraíso: ganar suficiente dinero, deambular por diferentes latitudes, darme ciertos lujos, conocer gente importante, periodistas, artistas, ir al teatro, etc.

Después de cumplir con las formalidades de rigor, me entregaron las llaves de la habitación en la que iba a vivir por algún tiempo. Quedaba en el último piso de una pensión, que sin ser elegante era suficientemente cómoda, con todos los elementos necesarios: Una cama de bronce, una lámpara, el nochero, una silla turca, una mesa, un florero azul y un closet. Desde el balcón se alcanzaban a divisar los tejados grises de Montparnasse, el humo de las chimeneas lejanas y las siluetas de los inmensos castillos feudales desdibujados por el tiempo.

--¿Pour combien de temps serez-vous a Paris? --me preguntó el conserje cuando me disponía salir a la calle.

--Je ne le saias pas encore exactement...

La bruma preludiaba un día de sorpresas en las páginas de los diarios, a la puerta de los cines, bajo los puentes del Sena, en los Campos Elíseos, en la plaza de San Sulpicio. Un nuevo mundo se

extendía a mis pies, sensaciones jamás sentidas, colores crepitantes, los mil rostros de la dicha.

Recorrí los bulevares, conté las horas en los relojes, di vueltas en redondo. Especial atención me llamó Notre Dame, una catedral en tinieblas cuyas enormes columnas parecían clavadas en el piso por un ciclope. Entré a buscar a Dios pero no lo hallé. Un minuto de silencio no habría bastado para expresar mi desolación. Volví a salir. Todo lo que encontraba a mi paso era cada vez más viejo e inhumano. Las calles permanecían atestadas de trovadores y golfas que cantaban o bailaban o hacían trueques con puñados de sándalo, músicas de Arabia, olifonos y también libros, extraños y maravillosos de adoración y tormento. Preso de una honda pena me pregunté cuánto tiempo estaría dando vueltas en el mismo lugar buscando a un tal Pierre con quien iba a trabajar en un diario parisino.

Entré a un bar solemne y me senté a un lado de la ventana que daba a la calle. Pasaron dos árabes tocando flauta, un mimo enharinado, un niño con un globo rojo, un policía con un pan bajo el brazo, un anciano con un perro, un vendedor de canarios, una ambulancia haciendo bulla con la sirena, una anciana con un paraguas. Al ver tanta melancolía en el paisaje, pedí un parnod y saqué a Vallejo del bolsillo y leí con infinita nostalgia:

*“Hay madre, un sitio en el mundo que se llama París.
Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande...”*

Al poco rato entró una muchacha rubia de ojos lánguidos, perfumada y fresca como si acabara de bañarse. Sus labios brillaban terriblemente rojos y tenía el aspecto de estar más sola que todo el mundo. Pidió un moscatel y se sentó a beber con la misma indiferencia del que mira pasar un río que no sabe a dónde va. Puse la mirada sobre sus manos, de dedos largos y finos, en el collar que le colgaba del cuello, recorrí sus formas y caí abatido en el ruedo de su falda.

Hice chasquear los dedos y llamé al mesero:

--Garçon, ¿parlez-vous espagnol?

--Je parle espagnol, monsieur.

Le pregunté por Pierre. El mesero removi6 los laberintos de su magín. Una bomba o algo parecido, había estallado en la sede del diario y Pierre había muerto.

Mis proyectos se difuminaban en medio del más terrible caos. Eran pequeñas burbujas que estallaban en el otoño de un París inhumano, absurdo, donde vivir era tan prosaico como sacudirse el cabello. Sentí un sabor amargo en los labios, el vacío de la soledad bajo mis pies.

*“Me moriré en París con aguacero
un día del cual tengo ya el recuerdo...”*

La rubia apagó el cigarrillo en el cenicero, con violencia. Se pintó los labios, se puso los guantes y se enroscó la bufanda al cuello dispuesta a partir. Me acerqué y la saludé. Para quebrar el silencio que nos envolvía en una telaraña de inmovilidad parecida a esas pinturas de Dalí donde todo parece muerto y en perfecto orden, le pregunté dónde la volvería a ver.

--En la Opera Cómica --me dijo. Desordenadamente buscó en su cartera una tarjeta y me la entregó.

--Ouí, madame.

El café comenzó a llenarse de intelectuales, vendedores de paraísos artificiales, estudiantes y muchachas recónditas en busca de aventuras. Los neones comenzaron a chisporrotear y la noche de otoño envolvió los seres y las cosas.

Al regresar a la pensión, me dio por imitar a Brando en esa triste escena de nostalgia frente a la ventana de su apartamento, con la música del tango regada por el piso, mascando pan con mantequilla, los cabellos desordenados, esperando a una muchacha que no volverá a ver jamás. Me dolía imitar a un solitario para no sentirme solo. Y estando en medio esa inmensa noche que es París, inmensa luz en la inmensa noche, a la hora en que cantan los gallos y el viento no pasa, me quedé pensando, no en las girándulas, ni en las estrellas, ni en la

luna, ni en las estalactitas y estalagmitas sino en la chica platinada de ojos azules, ¿cuándo la volvería a ver? Toda ella era mucho más hermosa que todas las mujeres juntas, pero sólo a ella quería besarle el ombligo, las tetas, el vientre, las nalgas, el coño.

Dos meses después de llegar a París, el periódico local para el cual trabajaba, me envió a cubrir la noticia de un estreno teatral en la “Opera Cómica”. No éramos más de 30 personas, entre las cuales estaba un arlequín, una colombina, un calvo, una Desdémona de pechos protuberantes, una monja mascando chiclets, dos viejas que parloteaban más que unas cotorras, un cura y un mimo sentado en las piernas de un señor de smoking.

El acomodador me condujo a una de las sillas de primera fila, al lado de una rubia que bostezaba con descaro. En el escenario se veían un escritorio, dos sillas frente a frente, un pizarrón en la pared en el que habían escrito con tiza: *La leçon*, una pelota gigante de colores, un rinoceronte rumiando yerbajos y diversidad de objetos. Nunca antes en mi vida había visto una escenografía tan insulsa.

Se oyó un timbre y se apagaron las luces de la sala. Minutos después salió a escena un gordo de bigotes, lentes ahumados, camisa blanca, corbata lila, pantalones y zapatos negros. Después de sentarse de manera correcta, entró a escena una muchacha de falda corta escocesa, medias zapotes y blusa blanca.

“--¿Usted es... usted es la nueva alumna?” --le preguntó el calvo con voz aflautada.

“--No he querido retrasarme --dijo la muchacha. Se sentó delante del calvo, cruzó las piernas con descaro y comenzó a morder la punta del lápiz que llevaba en la mano.

“--¿Le ha sido difícil encontrar mi casa? --Su voz cambio de tono.

“--De ningún modo. En este vecindario todos lo conocen.

“--Hace treinta años vivo en esta ciudad. Usted no lleva mucho tiempo en ella... ¿Qué le parece?”

--No me desagrada ni mucho menos. Es una ciudad linda, agradable, con un hermoso parque, un colegio de doncellas, un obispo, buenas tiendas, calles y avenidas...

Después de casi una hora de diálogo, se oyeron unos débiles aplausos y cayó el telón. A la salida del teatro vi a Nadia. Apenas me susurró un "hola" impersonal y mecánico la invité a la pensión.

--Tengo una botella de dubonet --le dije impersonal y patético.

--¡Monsieur Alexandro! ¡C'est magnifique! --dijo escandalosa y feliz.

Tomé su mano, indefensa como un pájaro y salimos a la calle. La ciudad parecía de niebla y silencio. Sobre los tejados se derramaba otoño bañando de rocío las antenas de televisión, el aleteo de los pájaros nocturnos, las hojas que arrastraba el viento.

Al llegar a la pensión subió las escaleras de dos en dos, entró al baño, preguntó la hora, llamó a una amiga suya, se tendió en la cama. Puse un disco, me quité las gafas, vacié el cenicero, busqué en la nevera unos cubos de hielo, serví dos vasos de vino y brindamos por la dicha de habernos conocido y por los años que nos faltaban por vivir. El silencio se hizo más patético, interrumpido de vez en cuando por el ruido lejano de algún auto devorando distancias.

--¿Por qué la gente no hace el amor a cada instante? Andan vestidos todo el tiempo, siempre solos. Se acarician en soledad, bailan en soledad, nunca tienen tiempo de hacer el amor --dijo de pronto.

Parecía más mujer y sin embargo no era más que una chica de cabellos rubios y un cuerpo insinuante bajo la falda. París estaba lleno de muchachas, pero Nadia era un ángel y un demonio también. Miré hacia el cielorraso, sin pensar en nada, como si el tiempo se hubiera detenido.

Sus palabras seguían cayendo sobre la mesa, una detrás de otra, adormeciendo mis sentidos. Pensé en el mar. Una playa dorada, el cielo azul, veleros en el horizonte, la espuma. El dolor pasaba de ser intenso y los zarpazos del deseo eran cada vez más profundos, pero yo no era un bisonte...

--No estoy borracha --dijo, escandalosa y feliz. Se soltó el cabello, se quitó la falda, la minúscula prenda de seda que cubría su sexo, todo y pude verla desnuda en toda su plenitud: los hombros, los senos, su diminuto ombligo perdido en la inmensidad del vientre, su sexo, sus nalgas sobre el alfombrado, mordiéndose los labios, acariciándose toda. Se hería. Me decía palabras suavécitas como la seda y se chupaba los labios como si fueran de almíbar.

--¡Hazme algo, estúpido! --me gritó al borde de las lágrimas.

Comencé a chuparle la boca, los senos, las axilas, el vientre, su sexo, casi masticando, con rabia, sacudiendo su carne con mis dientes, murmurando palabras obscenas, mordiéndole la nuca, los hombros, el cuello, el culo hasta hacerla mía. Era un deseo mío y de ella también. Me parecía un acto tierno y brutal al mismo tiempo. Los hombres podían repetir innumerables veces la misma historia pero siempre sería la misma. Eran las mismas parejas, el mismo movimiento, los cuerpos buscaban las mismas caricias, el mismo roce. En medio del mundo fornicaban dos desconocidos, solitarios, perdidos en una ciudad de espanto. Tal vez esto era el amor y el deseo a la vez, una ola que engullía la arena, un desierto de sal, la espuma lunar, un pez, un rito milenario, el desolado encuentro de la pareja humana.

A la mañana siguiente se levantó, corrió las cortinas, le cambió el agua al florero, se puso carmín en las mejillas, se puso una peluca negra e hizo cosas sin importancia.

--De ahora en adelante tu soledad será más grande que la mía --me dijo al salir.

Abrió la puerta, bajó las escaleras y salió a la calle. La niebla de otoño la fue desdibujando, y cuando cruzaba el puente, me pareció que emprendía el lento vuelo de los que nunca regresan.

(Del libro *Inédito Cálida Carne*).

